

PROFUNDIZACION FONDO BAHÁ'Í #5

Además de los principios que dan forma a la manera en que las instituciones de la Fe deben ver las contribuciones individuales, hay requisitos que determinan cómo deben administrar y utilizar el Fondo bahá'í.

Vivir de acuerdo con el estándar más alto de rectitud es un requisito obvio para quienes manejan los fondos de la Fe. Ningún individuo se sentiría jamás libre de utilizar los fondos de acuerdo con sus intereses personales. Pero, más allá de ello, el cuidado con el que se deben tomar las decisiones acerca de los gastos exige mucho de las instituciones bahá'ís y sus miembros. En una carta escrita en nombre de Shoghi Effendi a un creyente, leemos:

«Las cuestiones económicas a las que la Causa hace frente son muy urgentes e importantes. Requieren una administración juiciosa y un plan de acción prudente. Deberíamos estudiar las necesidades de la Causa, encontrar el campo que rendirá la mayor cosecha, y luego asignar los fondos necesarios. Y esta tarea es ciertamente muy difícil y de muchísima responsabilidad».

Y en una carta escrita en nombre de la Casa Universal de Justicia, se explica:

«La gama de posibles actividades que tienen ante sí los bahá'ís en todo el mundo es infinita, por lo que no hay límite para las necesidades de los fondos. Cada penique puede aprovecharse bien para el avance de la Causa y, por tanto, para el beneficio de la humanidad. Las instituciones bahá'ís tienen el deber de administrar sabiamente los fondos bajo su tutela, y decidir cómo deben asignarse al amplio abanico de necesidades que tienen ante sí.

El ejemplo del mismo Guardian es esclarecedor en este sentido. Una carta escrita en su nombre a la Asamblea Espiritual Nacional de África central y oriental expone:

«Solo a fuerza de una sabia economía, la eliminación de las cosas no esenciales, el enfoque sobre lo esencial y una cuidadosa supervisión, ha logrado el Guardian construir el Santuario y los Archivos Internacionales en el Centro Mundial, y rodear los Lugares Santos con lo que, a ojos del público, parecen lujosos jardines, pero, en realidad, son el resultado de una planificación rigurosa y económica.

De los pasajes anteriores queda claro que no se les pide a las instituciones de la Fe que se abstengan de gastar los fondos que tienen a su disposición. Lo que se requiere es una capacidad creciente por parte de las instituciones y agencias locales, regionales y nacionales para utilizar los recursos financieros de la Fe de manera apropiada, a fin de alcanzar sus objetivos elevados.

Es posible ir al extremo de intentar evitar todo gasto, pensando que lo mejor es que el Fondo acumule dinero. Sin embargo, si recordamos la exhortación de Bahá'u'lláh *«Asíos firmemente al cordón de los medios materiales»* y la afirmación del Guardián de que *«el progreso y la ejecución de las actividades espirituales depende y está condicionado a los medios materiales»* debemos reconocer que el desembolso de fondos es un requisito del proceso de construcción de civilización en el que estamos participando. Por tanto, la planificación económica a largo plazo conlleva reservar dinero para proyectos futuros, así como gastar lo necesario en determinado momento de manera juiciosa y eficaz. La unidad de pensamiento en relación con tales cuestiones se desarrolla de manera gradual conforme se adquiere experiencia en diversidad de circunstancias.

HISTORIA

'Abdu'l-bahá animó a todos los bahá'ís del mundo a enviar sus donativos para la construcción de la Casa de Adoración de Wilmette. Por aquel entonces, la comunidad bahá'í de Poona, la India, estaba compuesta de unas cuantas familias que estaban lejos de ser ricas. Cuando recibieron el mensaje de 'Abdu'l-Bahá, decidieron que recogerían todos los donativos que pudieran en cada Fiesta de Diecinueve Días. Aunque la cantidad aportada no fue mucha, la Asamblea Espiritual local comprendió el sacrificio con el que los amigos estaban recogiendo dinero para el Templo. En una ocasión decidieron preguntar a todas las personas que estaban contribuyendo de qué manera se las habían arreglado para ahorrar aquel dinero. Esto, como sabemos, no está muy de acuerdo con los principios bahá'ís, pues nadie debe saber lo que otros dan a los fondos bahá'ís, ni nadie debe ser cuestionado acerca de dónde proviene el dinero. Sin embargo, en los primeros días de la Fe, muchos bahá'ís, procedentes de diferentes culturas, no estaban muy familiarizados con los procedimientos bahá'ís y algunas veces actuaban de algún modo que hoy en día nos resulta extraño. Los bahá'ís de Poona, además, eran como una familia cercana. Ellos eran conscientes de que la mayoría eran bastante pobres, y no consideraban impropio preguntar a cada uno cuestiones referentes al dinero. En cualquier caso, merece la pena contar la historia. En una Fiesta de Diecinueve Días en la que todos aportaron algo para aquel hermoso Templo que se estaba construyendo muy lejos de allí, en Wilmette, cada uno contó a los demás cómo había podido dar su donativo. Tres de las historias fueron excepcionalmente conmovedoras. Una contribución provenía de un hombre mayor, que dio diez anas (la moneda local). "Cada mañana", explicó, "tomo una taza de té y un pedazo de pan para desayunar. Me cuesta diez anas. Mañana pasaré sin desayunar." La segunda donación fueron seis anas. Provenían de una mujer que contó lo siguiente: "Todos vosotros sabéis lo enfermo que está mi marido. Como no podemos permitirnos comprar el bote entero de pastillas que su doctor le ha recetado, le compro dos pastillas cada día. Cuestan seis anas. Esta tarde, mientras me preparaba para venir a la Fiesta de Diecinueve Días, mi marido me dijo: 'Quiero que entregues los seis anas que has apartado para comprarme las pastillas mañana para el fondo del Templo.' No atendía a razones y me aseguró que si le compraba la medicina no se la tomaría." El tercer donativo fue una cantidad bastante considerable: diez rupias. Todos estaban perplejos, especialmente porque provenía del más pobre de todos. "¿Cómo puedes permitirte dar tanto?", preguntaron. "Bien", dijo el hombre tímidamente, "cada invierno, cuando las noches se hacen frías, le compro a un tendero unas cuantas bolsas de tela de saco vacías y las coso juntas para fabricarme un abrigo. El último invierno sufrí tanto por el frío que decidí ahorrar cada ana que pudiera este año y comprarme una manta decente. Ahora que he conseguido ahorrar las diez rupias que necesito para la manta, me doy cuenta de que el edificio del Templo es más importante. Puedo aguantar con las viejas bolsas de saco durante otro invierno."